

En el transcurso de esta comida Picasso habló varias veces en catalán con su compañero de bohemia pictórica. Pallarés lo comentó conmigo, con evidente satisfacción: "Lo habla perfectamente, y sin equivocar ninguna palabra". El otro Pallarés, el hijo, también se esforzaba en que Picasso notase su pronunciación francesa, sin que Picasso le hiciese ningún caso, en vista de ello le interpeló, directamente:

- ¡Maestro...

Picasso no le dejó terminar la frase y se volvió hacia él evidentemente molesto y desabrido: "No me llames maestro. Yo no soy maestro de nada ni de nadie". El doctor en medicina se quedó con cara de enfermo y se atrevió a balbucear: "¡Pues cómo quiere que le llame?", "Llámame Pablo, Picasso, Pablo Picasso, Pablito, como quieras, menos maestro".

Después ya más calmo, continuó. "Bueno ¿y qué querías preguntarme?". "Quería saber si se

había dado cuenta de los progresos que he hecho en mi francés desde el año pasado". La contestación de Picasso no fue menos tajante: "Sí, hijo; ya hablas el francés casi tan mal como yo" Pallares Jr. no volvió a decir esta boca es mía, ni en francés, ni en castellano, ni en catalán.

Picasso habló de muchas cosas, algunas que podría contar pero que no lo hago por no alargar estos recuerdos demasiado; otras que también podría contar pero que no sería oportuno decirlas ahora, aunque se podrán decir en su día. Entre las que sí pueden recordarse es la afirmación: "Pienso regalar gran parte de mis obras a Málaga, a mi pueblo natal". Cosa que no ha hecho, pero no por su culpa, sino por la falta de visión de sus paisanos, que no han sabido atraérselo. En cambio sí ha regalado tesoros maravillosos a Barcelona, desde la fecha de estas visitas que relato. En Barcelona está el fantástico Museo Picasso, que los barceloneses han sabido conseguir.

La comida terminó, pero antes, todos nos sentimos sobresaltados con un gran golpe: uno de los cuadros de Picasso que estaba colgado sobre un aparador, se desplomó con estrépito sobre el mueble. Nadie se movió de sus sillas y Picasso dijo riendo: "Este ya quiere irse para Málaga".

Cuando llegué a "La Californie" fue en busca del más grande pintor actual. Cuando salí de ella lo hice convencido de que, además, había encontrado al más fervoroso español que imaginarse pueda. Un español que lo es no por imposición, sino por convicción, que es lo que vale. Las fotografías me las envió Jacqueline, después, a Venecia. Escribí a Picasso varias veces, le di a Antonio Saura una carta de presentación para él. Le envié una navaja de Albacete con la hoja grabada en la que se leía: "Soy de Pablo Picasso"; le envié un sombrero popular a Jacqueline... Pero estos ya son otros recuerdos. Basta por ahora.

JUAN RAMIREZ DE LUCAS

Con motivo del noventa aniversario del nacimiento del pintor Pablo Picasso, se celebró en la Galería Theo, de Madrid un acto académico en el que intervinieron Camón Aznar, Chueca Goitia, Laín Entralgo y los poetas Luis Rosales y Gerardo Diego. De todas aquellas intervenciones nos complacemos en publicar la del arquitecto Fernando Chueca.

Son ya varias las celebraciones picassianas en las que me ha tocado, bien que modestamente, intervenir, una vez en actos que se celebraron en Madrid, otras en Cannes, Niza, Vallauris o Mougin ante el propio maestro. De todas ellas guardo un gratísimo recuerdo y casi me he acostumbrado a ellas como si se tratara de un rito periódico, a la vez solemne y amistoso.

Esta fecha, 25 de Octubre, ha quedado desde hace muchos años impresa con caracteres muy rotundos en la blanca hoja del calendario de todos los españoles que sienten en lo más hondo estar, como nación, separados del gran pintor que encarna en su más alto sentido el arte universal de todo un siglo. Para suplir, débilmente, esta separación nos acercamos emocionados a estas celebraciones a las que su modestia no resta, antes añade, una muy profunda significación.

Ha pasado mucho tiempo desde que por los años 50 ó 51 un grupo de españoles dirigimos un Exhorto a Pablo Picasso haciéndole sentir que no le habíamos olvidado y que esperábamos que en un porvenir inmediato cambiarían las cosas en España para él y para nosotros. Las cosas a este respecto han cambiado muy poco y nosotros hemos tenido que seguir conformándonos con estas celebraciones y con ver cómo el caudaloso río de su vida seguía avanzando y fertilizando el campo del arte con nuevas e inesperadas aportaciones.

Las circunstancias españolas son tan inmóviles como cambiante el genio de Picasso, del que queda como fuerza unificadora, como argamasa caliente, su tremendo temperamento de artista.

Este temperamento es el que da profundidad a los ojos quietos y ávidos de sus famélicas figuras azules; el que con brusca mano de leñador fragmenta los planos cóncavos de las figuras del ciclo de las "señoritas de Avignon"; el que le lleva a la mágica invención del cubismo; el que hincha los desnudos opulentos de su época griega y sin embargo, los tiñe de cierta vejez inmediata, como de ajojo daguilletipo; el que borrando anatomías llega a la calcárea gravedad del hueso insepulto; el que de nuevo ondula senos y grupas tremolantes como banderas en día de fiesta; el que con ibérico maniqueísmo —frase afortunada de Camón— postula los más crueles antagonismos; el que grita la miseria pavorosa de la guerra mientras el cielo lanza cometas de estupor, o el que desliza la calma

dorada en que se ablandan los dioses mitológicos. Toda esa cabalgata de seres, de formas, de colores, de tensiones, de impulsos contradictorios, inesperados, camaleónicos, son fruto de este temperamento y en él se consolidan y se integran, en él se hacen inteligibles y congruentes. Si como ha dicho Ramón Gómez de la Serna su alma de camaleón cambia a menudo de rama (Ismos pag. 46) no por eso deja de ser esa misma alma, ese mismo temperamento que bajo el polimorfismo subyace consecuente e irreductible.

Tendríamos pues que perforar ese temperamento para quedarnos con aquel residuo último, para apurar la comprensión de la obra y del hombre. A Picasso le ha tocado vivir en una época en que el arte tenía que ser forzosamente experimental y él no sólo no ha contravenido al inescrutable pulso de la historia sino que lo ha acelerado de tal manera que muchos achacan a su incontenencia irreversible los males que estaban, sin embargo, inscritos en el horóscopo de la humanidad.

La Historia, que escoge con astucia sus hombres, colocó al genial malagueño, porque así le convenía, ante las candilejas de su escenario en el momento preciso. En último término la plena revelación del genio sólo se produce por una estricta correlación entre sus facultades y el signo de los tiempos. Dicho sencillamente para que un genio pueda ser tiene que nacer en un momento histórico y en un ambiente que le sean propicios. Lo que ha sucedido con Leonardo, con Rafael, con Bach, o con Beethoven ha sucedido, con Picasso. Este hombre de apetito insaciable para la experimentación ha nacido precisamente cuando por forzosidad histórica el arte tenía que ser experimental. En otro momento su misma inquietud, su mismo poder digestivo, le hubieran destruido haciendo de su vida una úlcera viva.

Para confrontación de lo que vamos diciendo basta recordar las confesiones del propio artista recogidas por su amigo Sabartés. "El mismo me ha dicho más de mil veces —cuenta Sabartés— que nunca ha tenido tiempo para desarrollar una idea debido a que le vienen otras enseguida, y para fijar las que se le ocurren en el momento de pintar, las primeras se quedan en el aire, sobre todo si tuvo tiempo de realizarlas mentalmente, porque entonces le interesan menos que las últimas...". "Lo importante es hacer, y nada más, sea lo que fuere". De ese apetito, de esa voracidad incontenible están llenas las confesiones y anécdotas

picassianas. Es su afán de experimentarlo todo, de abrazar el universo entre sus hércoleos brazos, que son como las muelas de una infatigable machacadora. Ahora bien, todo el que experimenta lo hace de dos modos, o en la paciente investigación de un laboratorio o en el frenesí de una revelación. El final es el mismo encontrar, pero los procedimientos o más que nada el tiempo de la operación es el que varía. Por eso la frase más reveladora de todas las que ha pronunciado Picasso, la que nos descubre su íntimo secreto, es aquella estupenda afirmación. "Yo no busco, yo encuentro". El buscador es aquél que cuenta con el tiempo, que cuenta con una reserva de tiempo casi ilimitada; el tiempo trabaja para él. Así era Juan Gris que a pesar de morir joven parece que tenía toda la eternidad delante de él. Así es de quiescente y de pertinaz su pintura. Picasso es de otro linaje bien diferente. Carece de tiempo para buscar, tiene necesariamente que encontrar. Por eso su vida es un permanente encuentro con las cosas y ese encuentro tiene a veces la condición más violenta de un encontronazo. Picasso es de aquellos hombres que transitan por la vida sacudidos a empellones como el viandante apresurado entre la multitud. Por eso lo ha llamado Cocteau el rey de los traperos, el que recoge todo aquello que pasa ante él, el que asimila todo aquello que a los más pasa desapercibido, los dibujos de tiza sobre las aceras, las vitrinas, los carteles, los mecheros de gas, etcétera.

Es que para el que encuentra sin buscar, todo tiene carácter de revelación, todo es significativo y profundo y no sólo lo cotidiano sino lo histórico porque Picasso ha sido uno de los mayores buceadores, que se ha lanzado sin botellas de oxígeno, a las profundidades abismales de lo histórico. Este pintor, el más revolucionario, el más ávido de futuro, la punta de lanza de la vanguardia artística, ha sido también, aunque parezca extraño, el que ha sentido de una manera más auténtica el bronco rumor de la historia. Picasso ha hecho suyos los espasmódicos balbuceos de la humanidad lo mismo la exactitud dibujista de un Ingris, que el arrebato cromático de un Delacroix. Ahora bien no ha sido un espectador ni tampoco un exégeta de la historia, actitud que hubiera correspondido a un buscador, sino algo más que eso, ha sido un revelador.

Picasso no ha necesitado buscar porque siempre ha encontrado. Este es su secreto, el residuo último que deja en nuestro ánimo la perspectiva de su obra. Pero a nosotros si nos ha sido preciso buscar a Picasso, tarea bien ardua para nuestras débiles fuerzas. Encontrar a Picasso es también encontrar nuestra propia historia, recrearla, actualizar nuestro propio recuerdo en el mismo proceso de actualización histórica que es la obra de Picasso. La historia de Picasso es la historia nuestra de cerca de 40 años de lucidez relativa y de inquietud constante. Le hemos visto encontrarse de igual manera con un mito griego o con una cajetilla de tabaco olvidada en su mesa, con un cuadro de Delacroix o con una máscara negra. Sobre todo ha saltado con la misma agilidad, brincando sobre el tiempo, como les ocurre a todos aquellos que ven el mundo desde una atalaya intemporal, como permanente revelación, como permanente encuentro. Encontrar a Picasso nos ha servido para encontrarnos a nosotros mismos en nuestro tiempo y en el de él, en una fusión inquietante de futuro y de pasado, a fuerza de ser presente. Los débiles nos dividimos en dos grandes grupos; los futuristas y los tradicionalistas; al fin y al cabo tenemos que proyectarnos en el futuro o sumirnos en el pasado si queremos realizarnos de alguna manera. Los futuristas o proyectistas se creen más fuertes y se consideran osados y valientes pero en el fondo hacen lo mismo que los del otro grupo: cuentan a su modo con el tiempo. Los hombres del presente revelado son los verdaderamente fuertes de la historia. El presente de Picasso es el futuro de los demás. El pasado de los demás es revelación en presente para Picasso. Por eso ha matado el tiempo y es un artista sin evolución, al que hay que encontrar por caminos diferentes.

Pero esto no es ahora lo nuestro ya que se trata de todo lo contrario, de un acto temporal de los que tienen su referencia en el calendario, cosa que nos parece hasta cierto punto contradictoria con el ser último y esencial de Picasso, porque sobre Picasso no pasa el tiempo, es él el que pasa por y sobre el tiempo, jugando con él y haciéndole ir de un lado a otro.

En fin... siguen las conmemoraciones, los años pasan, hace una nada celebrábamos los 80 años; hoy, parece mentira, ha pasado una década y celebramos los 90; esperamos celebrar otros muchos. ¿Los celebraremos igual que hoy? Sí, deseáramos celebrarlos de forma muy parecida a la de hoy en muchos aspectos salvo en uno. También quisieramos que el

tiempo pasara para España y para los españoles como pasa para los hombres de otras latitudes y que no siguiéramos en esta situación de seres vivos sin historia viva, congelados en una cápsula donde nos vamos haciendo viejos sin vivir. Picasso nos abre el apetito de vivir históricamente, nos abre el apetito pero no podemos satisfacerlo y nos conformamos con estas periódicas celebraciones que se convierten en el culto de un anhelo insatisfecho. Pero de todas maneras más vale así. Mientras tú y otros como tú existan, este culto podrá existir. Y no nos queda más que darte las gracias de que sigas viviendo.

FERNANDO CHUECA GOITIA

